

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN, IMPRENTA Y FOTOGRAFADO GARRIBAY, 34

EL PUEBLO VASCO

ABONO: TRIMESTRE CAPITAL, 4 PTS. FUERA 4,50. EXTRANJERO, 10 TELÉFONO. 18

UN POCO DE HISTORIA

CORDIALIDAD HISPANO-FRANCESA

El viaje á España del primer Borbón Al Barón Xavier de Cardillac

MR. POINCARE ES DESDE AYER NUESTRO HUESPED

Información de Bayona, Biarritz, Irún y San Sebastián El Rey y el Presidente se saludan por telégrafo

Ultimando detalles

En el sudexpreso de ayer llegaron de Madrid los generales marqués de Valtierra y conde del Grove, ayudante del Rey señor Nardiz y diplomático señor Ferraz. El marqués de Valtierra descendió en San Sebastián y por la tarde mareó á Irún en automóvil. Los señores Ferraz, conde del Grove y Nardiz continuaron hacia la frontera acompañados del gobernador civil, señor Cobian, quien regresó después á San Sebastián. En conferencia que dichos señores celebraron se ultimaron detalles para el recibimiento en Irún y esta capital del presidente M. Poincaré. En la estación del ferrocarril del Norte se ultimaron los trabajos de adorno, rodeando los ademes caprichosas guirnaldas de follaje y bombillas eléctricas y colocándose en la estación muchos escudos, iluminables, de las banderas francesa y española.

En Bayona

Bayona se vistió ayer de fiesta para recibir al presidente de la República, que se dignaba visitarla, haciendo un alto en su viaje hacia la Corte de España. Al filo de las once, hora en que arribamos á la histórica ciudad, la circulación por las calles era extraordinaria y la profusión de banderas, colgaduras y guirnaldas de follaje que por todas partes se advertía, componían un cuadro animadísimo y muy pintoresco. Apenas salidos de la estación, y ya dentro del barrio del Espíritu Santo, atrae nuestras miradas un arco levantado á la entrada del gran puente, en el que se lee: "Tout Saint Esprit vous salue en criant. Vive le President". Poco más adelante, otro arco de triunfo, también con expresiva dedicatoria. Y del puente—que se encuentra en obras—habíase hecho un túnel de follaje. En el Nive y el Adur, numerosos remolcadores y lanchas empavesadas. Y, en todos los edificios, escudos con las banderas españolas y francesas entrelazadas. "Allons á l'Hotel de la Ville". M. Garat, el distinguido diputado-alcaldé de Bayona, nos recibe con su amabilidad de buen leño y nos hace la merced de facilitarnos unos pases para que podamos "circuler par tout". Y otra vez á la calle, á tomar posiciones. Sentados en la acera del café—claro es que en sendas sillitas—frente al Ayuntamiento, contemplamos la complicada maniobra de ir situando á lo largo de la carrera á las fuerzas del 49 regimiento de línea. Circula también la gendarmería montada, que toma, á su vez, posiciones. Y, mientras, ingerimos una mixtura exótica, suena la hora de llegar al presidente. En la estación esperaban á éste todo el elemento oficial, y á las doce y cuarenta, entró el tren presidencial en agujas, mientras dos cañones hacen las salvas de ordenanza y las campanas de las iglesias son lanzadas al vuelo. M. Poincaré, descendiendo sonriendo del vagón y estrecha cordialmente la mano de señores Garat y Forsans y de algunas otras autoridades, y después ocupa un carruaje acompañado de MM. Barthou, Garat y el general Mas-Latrie. El público congregado en las calles del tránsito, aplaudió al paso del cortejo presidencial, y ya en la alcaldía M. Garat presentó á los consejeros municipales, á M. Poincaré. El presidente, se acomodó al balcón de la fachada principal del Ayuntamiento, y en este momento se soltaron palomas y los niños de las escuelas cantaron, acompañados por una banda de música, La Marsellesa, primero, y después el himno de Lorena. Al retirarse M. Poincaré del balcón, el presidente del Sindicato de Iniciativas del País Basco, le ofreció una preciosa guir de este país, encerrado en lujoso estuche y con la siguiente leyenda en la tapa: "¡En que franquica esta puerta, entra en su casa". M. Gallard, pronunció algunas elocuentes palabras para ofrecer el obsequio.

Los discursos

M. Donna, fué quien pronunció el primer discurso, tan sencillo y tan admirable, que todos los presentes experimentaron una gran emoción, y M. Poincaré, se levantó, al terminar para abrazarlo. He aquí, extractado, lo que dijo M. Donna: "Es un gran honor para mí, acompañaros en este acto y en este Museo, al cual mis compatriotas han querido dar mi nombre. "Permitidme que reclame vuestra indulgencia por las obras de arte reunidas por mí en este Museo y que están expuestas. Esta indulgencia la reclamo en nombre del amor que habéis tenido siempre á las Bellas Artes, amor que yo os reconozco desde hace mucho tiempo. "Lo que veis, señor presidente, en verdad hay que decirlo, no es un Museo; no es más que una colección de "amateur" en la cual yo he tratado de reunir algunos cuadros, algunos bronceos, algunos dibujos y, sobre todo, pensamientos íntimos de los grandes maestros de las grandes épocas del pasado y de las escuelas modernas. "Este pequeño Museo, por el que he ensayado dar un apercebimiento general del arte, le debía á mi ciudad natal. Ofreciéndoselo, he podido reconocer mi amor, por haber sido esta ciudad la que me permitió acabar en París y Roma, los estudios comenzados en Madrid. "Después del viaje triunfal que habéis realizado por el centro de Francia, señor presidente, viaje en el que habéis sido justamente aclamado, estoy profundamente entusiasmado del pensamiento de haber venido á visitar el Museo de la ciudad de Bayona. "Es un gran testimonio de interés, que es para mí, particularmente, muy estimado y que personalmente me inclina á manifestaros mi más profundo reconocimiento. Os doy las gracias con todo mi corazón."

El banquete

El presidente, seguido del cortejo que le dispuso afetuosa recepción, se dirigió al Museo Bonnat, recorriendo las calles que el programa, de antemano conocido, había fijado. M. Poincaré, fué objeto de grandes aclamaciones. Hoy, en San ón Novedades Sesiones cinematográficas de hora y media. CIERVOS Y ANTILOPES (del natural). EL DEFRAUDADOR (de comedia). EL "CORCUS", ELOR DE ADORNO (científica). CARRILLO AMIGO DE SU DUEÑO (cómica). EL ARMA DE LOS VILLANOS (dramática, 1.000 metros). JOBARD Y LA PIANISTA (cómica). Tarde: cinco y media y siete. Noche: de diez á doce. Butaca: 0,50.

Una masa enorme, saludaba al presidente de la República, con gran entusiasmo. M. Poincaré, correspondía á estas manifestaciones populares, saludando continuamente; su rostro, sonriente, demostraba cuanta satisfacción le producían estos agasajos del público. Por fin, llegó al Museo Bonnat, en donde había de celebrarse el banquete. Se dispusieron cuatro mesas, suntuosamente presentadas. El salón estaba adornado con mucho gusto, figurando banderas españolas y francesas. Entre los invitados que asistieron al banquete, figuraban M. Barthou, presidente del Consejo de Ministros; M. Stephen Piehon, ministro de Negocios Extranjeros; personas que acompañan en su viaje al presidente de la República, consejeros municipales de Bayona, municipalidad de Biarritz y delegación del Consejo municipal; el alcalde de San Sebastián, señor Tabuyo; el alcalde de Irún; señor Acuña, cónsul de España; don Romualdo García, presidente de la Cámara de Comercio de España en Bayona-Biarritz, y otras muchas personalidades francesas de gran prestigio y significación. Durante el banquete, la Sociedad Coral "Castagne", cantó "Tilollés", fandango de aires vascos y La Marsellesa. Las estrofas de La Marsellesa y el Guernikako Arbola, fueron cantadas por Michel Dufour, de la Opera Cómica. La "Harmonie Bayonnaise", tocó también una habanera y La Marsellesa.

El presidente de la República, respondió á estos discursos en la forma siguiente: "Señor alcalde; señores: "Lamento vivamente no poder hoy más que atravesar rápidamente la región de los Basses Pyrénées. "Si no hubiese escuchado más que mis deseos, habría empleado en estos últimos meses algunos días para viajar en compañía del eminente compatriota M. Louis Barthou, por el país vasco. Me felicito al menos de haber podido detenerme un momento en vuestra ciudad y haber visitado vuestro viejo castillo, vuestra ciudadela, vuestra lanterna de Vauban, vuestras calles tan llenas de vida, de color y de alegría. "Tengo, igualmente, un gran placer en encontrarme en un pueblo que siente intensamente las ideas republicanas y que es ardientemente patriota. "Desde el día en que vuestro ilustre condecardano, mi viejo y querido amigo León Bonnat, dió generosamente, á su ciudad natal, las magníficas colecciones que habéis reunido, yo me propuse muchas veces venir á visitar el Museo que lleva su nombre. Me congratulo de que me hayais ofrecido ocasión para realizar esta visita. "En este Museo están agrupados cuadros de Goya y de Greco que me indican, como un avance el camino de España; ellos me indican que en la otra parte de los Pirineos está el pueblo amigo, al cual voy á saludar en nombre de Francia. Me indican también que el tiempo pasa y que es preciso partir. "M. Poincaré, terminó su discurso recordando una bella página escrita por Víctor Hugo. Sus últimas palabras, fueron: "Señores, elevo mi copa en honor de la ciudad de Bayona."

Después del banquete, M. Poincaré salió del Museo Bonnat y montando en su automóvil, salió para Biarritz. Le acompañaron los mismos que hasta Bayona, M. Barthou, M. Piehon, M. Berard, general Beaudennoulin, jefe de la Casa Militar del Eliseo, Garat, alcalde de Bayona, y otros.

En Anglet

El cortejo se detuvo algunos minutos en Anglet, en donde algunas jovencitas ofrecieron flores al presidente y el consejero general alcalde de Anglet, dió la bienvenida á M. Poincaré.

En Biarritz

Desde las primeras horas de la mañana, Biarritz, con sus edificios todos engalanados y las calles que había de recorrer el cortejo presidencial llenas de gente, ofrecía un aspecto de animación inusitada. Frente al Hotel Regina se había levantado un arco de triunfo, formado con barcos de peca, tripulados por simpáticos pequeños biarrotos. Un poco más bajo, en una tribuna, esperaban el paso del presidente la princesa Ingallscheff y algunas otras notabilidades rusas. En la Avenida de Eduardo VII se había elevado otro arco de triunfo y el Casino Bellevue, así como el Senáforo, estaban engalanados con mucho arte. La casa Rosa, de la calle de Gambetta, des-

CHAMPAGNE MONS

GALLET PAKERS--RENERIA SON LAS MAS EXQUISITAS NUEVA CREACION "SUBLIME" PAKERS LAMPARAS filamenta metálico desde 0,95

Véase en quinta plana: Viajes extraordinarios por la Compañía Trasatlántica á La Habana.

Hay en las viejas crónicas y prolijas y empolvadas memorias que ilustran y abrilantan los hechos históricos en que convergen y se funden los sentimientos y aspiraciones del alma española y el alma francesa, ciertas páginas que, no por muy leídas y comentadas de unos eruditos, dejan de ofrecer el atractivo de serena actualidad y estimular el goce y la generación que despierta la vista de un rico e historiado relicario, sagrado depósito de tanta grandeza y tanta gloria. La historia de España y la historia de Francia nacidas, como dos brotes gemelos, del viejo tronco latino, sintieronse impelidas, en el decurso de los siglos, por la fuerza irresistible del destino providencial que guía los pueblos en su marcha á través del tiempo y del espacio, á enlazarse y fundirse, creciendo y respirando el mismo ambiente hasta que, nuevas vicisitudes históricas, obra de los hombres las más de las veces, destruyeron la armonía y guiaron la marcha de los dos países por sendas distintas y á menudo opuestas. Existen en la Historia fenómenos de heliofilismo y de afinidad de sentimientos entre pueblos diversos que no han sido bien estudiados todavía. Gran fruto habrá de sacar de su examen atento la Filosofía de la historia, para determinar cómo se modifica el alma de los pueblos por estos frecuentes contactos que la Providencia prepara, en el curso sinuoso e irregular de los acontecimientos humanos, entre dos razas y dos civilizaciones. Si se lanza una ojeada sobre el campo vasco y se advertirá que apenas existe una sola época en que uno y otro país no se hayan influido recíprocamente. Fuera de la Edad Media, en que la idea de nacionalidad no había brotado siquiera, y en que los Reyes de Navarra y de Aragón dominaban gran parte del Mediodía de Francia, mientras Bayona, la Gasuña y la Guyena, eran feudo de los ingleses, ofrece la Edad Moderna casos frecuentes de coincidencia y positiva solidaridad franco-española, alternados con períodos de lucha encarnizada y de rivalidad sangrienta. Pero ninguno brilla con tanto fulgor en sus efectos han tenido tanta trascendencia, secular é inamisible, como el hecho capital y decisivo en la historia de nuestra patria de la designación de Felipe V, primer Borbón, como sucesor de Carlos II, el último de los Austrias de España. Y reconociendo—dice el testamento de Carlos II—, conforme á diversas consultas de ministros de Estado y Justicia, que la razón en que se funda la renuncia de las señoras Doña Ana y doña María Teresa, Reinas de Francia, mi tía y hermana, de estos reinos, fué evitar el perjuicio de unirse á la Corona de Francia. Y reconociendo que, viniendo á cesar este motivo fundamental, subsiste el derecho de la sucesión en el pariente más inmediato, conforme á las leyes de estos reinos, y que hoy se verifica este caso en el hijo segundo del Delfín de Francia; por tanto, arreglándome á dichas leyes, declaro mi sucesor, en caso que Dios me lleve, á no dejar hijos, al duque de Anjou, hijo segundo del Delfín, y como á tal le llamo á la sucesión de todos mis reinos y dominios, sin excepción de ninguna parte de ellos; y mando y ordeno á todos mis súbditos y vasallos de todos mis reinos y señorías que, en el caso referido de que Dios me lleve sin sucesión legítima, le tengan y reconozcan por su Rey y Señor natural, y se le dé luego y sin la menor dilación, la posesión actual, prestando el juramento que debe hacer de observar las leyes, fueros y costumbres de dichos mis reinos y señorías..." Recibió el duque de Anjou la noticia de ser Rey de España por fallecimiento de su tío Carlos II, hallándose en Fontainebleau con la corte de su abuelo, el Rey Sol. En la mañana del 16 de Noviembre de 1700, Luis XIV hizo entrar en su gabinete al embajador de España, marqués de Castellors, y después, llamando á monseñor el duque de Anjou, que estaba en las habitaciones interiores, dijo: "Señor embajador: podéis saludarle como vuestro Rey. Aguardaban los cortesanos á la puerta del Gabinete, y entonces Su Majestad mandó al duque que abriese las puertas de par en par, haciendo entrar á todo el mundo, y al verles reunidos en torno de su nieto, exclamó: "Señores: He aquí al Rey de España; su nacimiento le daba derecho á esta corona; toda la nación le desea y le reclama; yo he accedido á ello con placer: tal era la voluntad del cielo. Como el embajador de España se dirigiese en español á su nuevo Soberano, interrumpióle Luis XIV diciendo: "Mi nieto no comprende aún el español; yo os responderé por él. El hijo de Ana de Austria y marido de María Teresa, poseía el español á la perfección; en su conversación familiar solía emplear giros y expresiones netamente castellanos. Así, volviéndose á su nieto, le dijo: "El ser buen español es ahora vuestro primer deber, pero acordados que habéis nacido franceses para conservar la unión entre ambas naciones único medio de hacerles felices. El duque de Anjou—refiere Capelle—, que tomaba entonces el nombre de Felipe V, tenía entonces diecisiete años. Su figura era la de una de esas lindas pinturas que Mignar y Lebrun, habían reproducido cuando era niño; adolescente á la sazón, el duque de Anjou había perdido aquella viveza que se hacía notar en su edad infantil. La escuela de Fencion y del duque de Beauvilliers había in-

fundido en estos espíritus adolescentes ideas vagas de gobierno y de moral que debilitaban los caracteres políticos. El duque de Anjou tenía una fisonomía atractiva y bondadosa; su rostro gracioso y redondeado, estaba animado por el brillo de unos ojos azules, parecidos á los de su madre, de raza germánica; era un poco grueso, como el Delfín, su padre, y su traje, de seda y oro, apenas se ajustaba á su cintura. Aclamado bajo el título de Felipe V, fué desde aquel momento tratado como Rey. Luis XIV le elevó á su altura, y cuando se dirigía á la capilla le obligó á colocarse á su lado, dándole la derecha, oyendo ambos la misa en la misma tribuna; y como Luis XIV notase que su nieto no tenía cojín, se levantó para darle el suyo, pero no queriendo aceptarlo el joven Monarca, le dejó Luis XIV á su lado y ambos permanecieron sin él. Sabios y prudentes fueron los consejos que dió á su nieto el gran Rey. Algunos hay de constante actualidad y eficacia. "No os dejéis gobernar; no tengáis jamás favorito; oid y consultad vuestro Consejo, pero decidid siempre por vos mismo. Visitad todos vuestros reinos; recorred la Cataluña, el Aragón y otras provincias; ved qué se puede hacer para que prospere Ceuta..." El duque de Anjou era Rey y tratado como Rey; por lo que, en París, en Versalles, al ver al joven príncipe gritaba el pueblo: "¡Viva el Rey de España!" Luis XIV le daba la derecha, haciéndole los honores de huésped real y encargándole que durante su estancia en la Corte de Francia obrase como mejor le plugiese, que se dedicase á sus diversiones favoritas, cazase, jugase ó ejecutase, en fin, cuanto pudiese contribuir á hacerle grata su mansión junto á la real familia real de Francia, con entera independencia, como Soberano. Llegó, por fin, el día solemne de la partida. Era el 4 de Diciembre de 1700; el invierno era crudo y el frío se dejaba sentir con intensidad. El ruido de las carrozas y el piafar inquieto de los caballos, tenía á todo Versalles en conmoción. Felipe V estaba desde la aurora en el gabinete del Rey, á solas con él; apenas empezaron á entrar los cortesanos, se trasladó á la habitación de monseñor el Delfín, con quien tuvo también una larga conferencia. Luis XIV condujo á Felipe V hasta la puerta de su cuarto, pulsando el rostro para que no se viesen sus lágrimas. Solemne y conmovedora fué la despedida. Organizó el cortejo, mareando al frente de él tres príncipes, de los que el mayor apenas tenía dieciocho años: Rey uno, heredero presunto de la Corona de Francia, otro y el tercero, aún niño, "el talento precoz, educado, gracioso, el duque de Berry, en fin, tan apuesto y galán como alegre y franco; y en pos de ellos, un séquito de caballeros jóvenes y de buen humor. La mitad del día se caminaba en carruaje y cabalgando la otra mitad, excepto las ocasiones en que era forzoso embarcarse para atravesar los ríos. Todas las ciudades rivalizaban en ofrecer distracciones á los reales viajeros, y en todo el tránsito hasta los Pirineos, se sucedían unos y otros los festines y saraoos. Las poblaciones de las provincias meridionales de Francia no recordaban haber visto nada tan esplendente y magnífico desde las bodas de Luis XIV sobre el Bidasoa. Cada uno de los príncipes llevaba mil doblones para repartirlos entre los nobres de los pueblos, y al par que las bendiciones de éstos, recogían las aclamaciones entusiastas de la multitud, que admiraba este brillante cortejo de príncipes y caballeros, jinetes en briosos corceles. El Rey de España solía reunir su Consejo en cada población; pero el conde de Harcourt era el encargado directo de Luis XIV para instruir al Rey, como hombre práctico y conocedor de los asuntos, leyes y costumbres de España. Los sencillos habitantes de las ciudades admiraban con arrobamiento el magnífico collar del Toisón de Oro, todo de brillantes, que cruzaba los rayos del sol sobre el pecho del duque de Anjou, convertido en Felipe V, Rey de España. Bayona recibió al nieto del Rey Sol con gran magnificencia y esplendor. Celebráronse corridas de toros y ardió la población en regocijos que fueron como el eco de aquellos otros, verdaderamente regios, con que cuarenta años antes se solemnizaron los desposorios de Luis XIV y María Teresa de España. La separación se realizó, al fin, á orillas del Bidasoa. Anegados en llanto los tres hermanos, se abrazaron cariñosamente; y Berry, naturalmente alegre, al estrechar al de Anjou, le decía: "¡Mi buen hermano: qué desgracia no poder ir todos á Madrid! Nosotros te seguiríamos contentos, aún cuando se dice que en ese país no pueden los Reyes reírse ni divertirse; pero consultádele, le iremos á visitar el año que viene, á pesar de todo. Así entró en España el primer Borbón, entre vitores y aclamaciones de un pueblo entusiasmado y lleno de ilusión y confianza en las altas dotes de su nuevo príncipe que Francia le enviaba. A los sonidos de los clarines de las tropas formadas junto al Bidasoa, y á los disparos de los cañones de Puenteerabia, mezclóse el rumor y la algazara de la multitud, ataviada de sus mejores galas, gritando hasta enroquecer: "¡Viva España! ¡Viva Francia!" Y en su lujoso gabinete de Versalles, desde el que dictaba la ley al mundo, debió sentir el Rey Sol la íntima satisfacción de haber realizado el mejor acto político de su glorioso reinado; aquel que él mismo expresó con la frase: "¡Ya no hay Pirineos!" J. G. ACUNA,